

se oyen gemir los vientos oprimidos,  
y hasca en las cuevas de los Andes zumban.

Tiende la noche el tenebroso velo  
cubriendo tanto horror. Do quier se escucha  
del Insular el lúgubre gemido  
que con la muerte irrevocable lucha.

(1) Su triste General despavorido,  
que el crudo estrago entre tinieblas mira,  
de su domada hueste

los restos junta y pálido suspira,  
Vertiendo al fin su resplandor celeste  
la nacarada aurora

la vista aparta de la horrible escena.  
¿Quál de pavor se llena

el breton Adalid! Cubierto el suelo  
halla de sangre: aquí y allí, en confuso  
monton, de sus guerreros destrozados  
rotas armas y cuerpos hacinados  
contempla, y se horroriza:

y el abatido ardor buscando en vano  
de su fiera brava,  
su cabello se eriza;

abandona el baston la yerta mano;  
y un espanto glacial sus miembros traba.

América triunfó. ¿No veis quál brilla  
tremolado en su diestra el estandarte  
de las excelsas torres de Castilla?

Ve el pueblo valeroso  
sitiado al sitiador: del fiero Marte  
depone el rayo, y al Olimpo eleva  
clamor de triunfo en himno placentero.

Muéstrase entonces el caudillo Ibero (2)  
al Britano que atónito enmudece,  
y de la salva América las playas  
dexar le ordena. El Anglo le obedece:

(1) *El Teniente general Whitelocke.*

(2) *El Brigadier de la Real Armada D. Santiago Liniers.*

